



Romance que llaman del casamiento de Jimena y Rodrigo



ROMANCE DE RODRIGO

A su palacio de Burgos,
 como buen padrino honrado,
 llevaba el Rey a yantar
 a sus nobles afijados.
 Salen juntos de la iglesia
 el Cid, el Obispo y Lain Calvo,
 con el gentío del pueblo
 que les iba acompañando.
 Por la calle adonde van,
 a costa del Rey gastaron,
 en un arco muy polido,
 más de treinta y cuatro cuartos.
 En las ventanas, alfombras;
 en el suelo, juncia y ramos,
 y de trecho a trecho había
 mil trovas al desposado.
 Salió Pelayo hecho toro
 con un paño colorado,
 y otros que le van siguiendo,
 y una danza de lacayos;
 también Antolín salió
 a la jineta en un asno,
 y Peláez con vejigas
 fuyendo de los mochachos.
 Diez y seis maravedís



mandó el Rey dar a un lacayo,
 porque espantaba a las fembras
 con un vestido de diablo.
 Mas atrás viene Jimena
 trabándola el Rey la mano,
 con la Reina su madrina,
 y con la gente de manto.

Por las rejas y ventanas
 arrojaban trigo tanto,
 que el Rey llevaba en la gorra,
 como era ancha, un gran puñado;
 y a la homildosa Jimena
 se le metían mil granos
 por la marquesota al cuello,
 y el Rey se los va sacando.
 Envidioso dijo Suero,
 que lo oyera el Rey, en alto:
 —«Aunque es de estimar ser Rey,
 estimara más ser mano»—.
 Mandóle por el requiebro
 el Rey un rico penacho,
 y a Jimena le rogó
 que en casa le dé un abrazo.
 Fablándola iba el Rey,
 mas siempre la fabla en vano,
 que non dira discreción
 como la que faz callando.
 Llegó a la puerta el gentío,
 y partiéndose a dos lados,
 quedóse el Rey a comer
 y los que eran convidados.

